

PACHÍN GONZÁLEZ



PACHÍN GONZÁLEZ

*Nil in terra sine causa fit, et
de humo non oritur dolor.*

(Job, c. V, 6.)

SALIÓ de su casa el día preciso (el de los Difuntos, por más señas), después de oír las tres misas del párroco de su aldea; día bien triste, ciertamente, para los vivos, si tienen memoria para recordar y corazón para sentir, porque los hay que no sienten ni recuerdan, sobre los cuales pasan esas y otras remembranzas como el viento sobre las rocas. Sin los alientos que le infundió el cura aquella misma mañana, sabe Dios si hubiera padecido serios quebrantos su resolución, porque fué mucho lo que lloró su madre oyendo las misas y co-

mulgando á su lado, aunque afirmaba la buena mujer que solamente lloraba por los pedazos de su corazón que pudrían en la tierra: por aquel esposo tan providente y tan bueno, por aquella hija tan garrida y cariñosa, cuyas vidas había segado el dalle de la muerte tres años antes. Sería ó no sería esto la pura verdad en opinión del hijo, que también la grimeaba por contagio y á cuya sutileza de magín no se ocultaban ciertas cosas; pero las reflexiones del párroco por una parte, y por otra la labor tentadora de cierto diablejo que no descansaba un punto en su imaginación pintándole cuadro tras de cuadro y siempre el último más risueño que el anterior, lograron hacerle triunfar, sin gran esfuerzo, de sus flaquezas de hombre y de sus ternuras de hijo cariñoso. Tocante á lo *señalado* del día, no era posible elegir otro más alegre. El vapor zarpaba el 4 á media mañana, y no le sobraba una hora del 3 para despachar debidamente los indispensables quehaceres que le esperaban en la ciudad.

Ello fué que la madre y el hijo llegaron á Santander, según lo anotó á pulso el jovenzuelo en su flamante cartera, «en la *tardezuca* del 2 de noviembre de 1893».

Poco más de veinticuatro horas le quedaban ya que pasar en este viejo mundo, en tie-

rra firme, conocida, propia... después, la inmensidad de los mares, lo remoto, lo desconocido, lo incierto, «el otro mundo», del que tantos aventureros no volvían, ó volvían envejecidos y desencantados... Pero estas notas sombrías de sus alegres panoramas imaginativos, no eran ya para traídas á cuento en ocasión como aquélla. El dado estaba echado, y no cabía volverse atrás. Adelante, pues, con el empuje de la fe de sus visiones; y por de pronto, á aprovechar bien aquel puñadito de horas que le quedaban disponibles al lado de su madre: había que saborearlas como las últimas migajas de la primera golosina que se nos da. ¡Dios piadoso! ¡que no fueran las últimas de su vida, consagradas á tan santo destino!

Estas ráfagas invernizas le mortificaron algo en las primeras horas de la noche, y eso que procuró distraerse, andando á la ventura por las calles, contemplando los escaparates iluminados de las tiendas y complaciéndose en mover la curiosidad admirativa de su madre; hasta que el cansancio y las ganas de cenar los volvieron á la posada.

Al amanecer del día siguiente, ya estaba Pachín González despierto y restregándose los ojos en la cama. De un brinco saltó de ella; y delante del escapulario bendito que se quitó

del cuello y colgó de un boliche de la cabecera, rezó las oraciones de costumbre y algunas más por las necesidades del momento. Después salió con su madre á oír una misa en la iglesia más cercana. Así, á la vez que servía á Dios, «mataba el tiempo» hasta que se abrieran los escritorios y las oficinas, y pudiera despachar sus negocios más importantes.

Desde la iglesia y antes de almorzar, quiso dar una vuelta por el Muelle y un vistazo desde allí. Ya sabía él que *su* vapor estaba hacia la derecha, arrimado á uno de los tableros salientes de Maliaño. Se lo había dicho en la posada un huésped que había de ser su compañero de pasaje: buen barco, poderoso y grande, aunque menos lujoso que el correo, aquél de cuatro palos que se erguía como un gran señor á la misma embocadura de San Martín. En otra ocasión había visitado él uno semejante, casi igual, fondeado en el mismo sitio. ¡Qué riqueza, por dentro, de maderas finas, de terciopelos y bronces como los mismos oros! ¡Qué salones tan grandes, qué espejos tan resplandecientes, qué pompas de comedor y qué *alfombraje* por los suelos! Cierto que no gozaban de tantas maravillas los pasajeros que pagaban tan poco como él; pero, al cabo, tan en palacio se vive habitan-

do el principal, como los desvanes. Este vapor no salía hasta el 20, y de seguro iría atestado de pasajeros de su modesta clase, que no podrían revolverse en el sollado. Dos desventajas en comparación del otro, del *suyo*, que salía con quince días de delantera, y, por ser barco de carga principalmente, llevaba poco pasaje: ocho ó diez, á lo sumo, en buenos y desembarazados camarotes, como se vería luego... Por eso le había dado la preferencia.

Todas éstas y otras muchas reflexiones, enderezadas al mismo fin, se las hacía el chico á su madre, que le seguía, sin desplegar los labios, con su pañuelo negro á la cabeza, su chal de merino sobre los hombros, su refajo de estameña, negro también, un paraguas con funda terciado sobre el brazo izquierdo, y mirando y pisando con timidez, como si se hubiera metido en propiedad ajena sin permiso de su dueño.

El día, á todo esto, se presentaba hermoso, primaveral, esplendente de luz, suave, dulcísimo de temperatura, convidando á vivir sin penas ni cuidados, y ofreciendo el espectáculo admirable de la Naturaleza con lo más lucido de sus galas otoñales, á los encogidos de espíritu y quejosos de la vida por contrariedades de poco más ó menos.

Después de almorzar en la posada, vuelta

los dos á la calle para realizar el programa acordado de sobremesa: el pasaporte en «la Aduana», el billete de pasaje en «el escritorio», etc., etc. Para esto y algo más iban bien pertrechados de instrucciones y de dinero, y hasta traían una esquelita de recomendación para cierto tabernero rico «de por allá» que se pintaba solo para abreviar trámites y vencer obstáculos de cierta especie.

En estas idas y venidas, siempre los mismos pensamientos en la cabeza de Pachín González, pero extendiéndose y agigantándose en ella, de momento en momento, de hora en hora, y á medida que el sol avanzaba en su carrera y envolvía en luz los «palaciones» del Muelle, y chisporroteaba sobre el extenso cristal de la bahía, y se llenaba la calle de transeuntes, y de rumores, y del estruendo del áspero rodar de todo linaje de vehículos, desde el carro de bueyes hasta los coches de lujo. Para él no tenía todo aquel tráfigo febril con el grandioso escenario en que se agitaba, más que un aspecto y una forma y un sonido: el dinero, mucho dinero... ¡muchísimo dinero! Con el dinero se construían aquellas casas «grandonas» y aquellos vaporazos que ahumaban y mugían en el puerto, arriados á los muelles ó levantando espumas en las aguas, en su andar acelerado para llegar

cuanto antes á donde fueran con la carga de sus bodegas; por el dinero se movían aquellas gentes que se cruzaban con él en todas direcciones, con papeles en las manos, ó hablando solas, ó de lejos y á gritos y sin detenerse con otras que tampoco se detenían y también respondían gritando; de los pudientes y adinerados eran aquellas señoras tan arrogantes y peripuestas, que, al pasar á su lado, dejaban un olor más fino todavía que el de las rosas y la mejorana; y aquellos coches tan lujosos, arrastrados por caballos regalones, cargados de metales relucientes sobre correajes charolados, y obra de ricos y para los ricos, los potentes muros que contenían el mar y le disputaban el terreno y llegaban á conquistarse; y aquellos palitroques altísimos plantados en hileras y sosteniendo madejas de alambres que llevaban la palabra de los hombres con la velocidad del rayo, por todos los rincones y escondrijos de la población y aun por todas las regiones del mundo conocido; el dinero era el talismán prodigioso que ponía en movimiento, que daba vida y valor y prestigio á todas aquellas cosas, seres y artefactos. Ser rico significaba, por lo menos, ser rueda principal de aquella máquina asombrosa; *sonar* y hacerse oír en medio de la ruidosa baránda; ser alcalde de la ciudad, marido de

una señora guapa y elegante, vivir en casa grandona, andar en carruaje propio, recibir los saludos de otros ricos y formar comunión con ellos; y entre todos, ejercer absoluto poderío sobre todo, desde los barcos de la mar y las casonas mejores y las piedras de la calle, hasta las cajas del Banco y el tesoro del Ayuntamiento; ser, en fin, el alma y la vida y el espejo de una gran ciudad como aquélla. Esto... ó nada; es decir, quedarse en Pachín González para siempre, ó lo que era igual, el hambre, la desnudez, la ignorancia, la obscuridad, el trabajo rudo de sol á sol, el pedazo de borona, la vejez prematura, y la muerte, al cabo, en la desconocida choza de su pobre aldea... ó tal vez en el pajar remoto que la caridad de un extraño le haya ofrecido para refugio de sus huesos quebrantados por el peso de la edad y la fatiga, y el dolor de pedir una limosna de puerta en puerta... ¡Oh, el dinero!... ¡el dinero! mucho, ¡muchísimo dinero!... Bien sabía él dónde se hallaba y de dónde le habían traído otros. Á buscarlo iba allá. ¿Por qué había de ser él menos afortunado?

Y como con el ardor de estos pensamientos resultaban su andar más decidido y su continente más apuesto y marcial, su madre, que lo veía y lo admiraba, mientras le seguía los pasos muy de cerca, iba pensando á su vez:—

La verdad, que campa como él sólo, y gusto da verle con ese porte tan airoso y tan gallardo. ¡Qué conformación de cuerpo la suya, y qué espigao está! ¿Quién diría que no nació de señorones de lustre pa cerner la levita y el bastón de puño de oro, más que el atalaje corto que lleva encima? Verdá que, por llevarle él, no le conociera el mismo sastre que acaba de hacérsele... ¡Pos dígame el mirar de los sus ojos y el *plegue* de la su boca! Duro es que se me marche, duro que yo le pierda, y sabe Dios si para siempre en jamás; pero si con ese magín despierto, y esa agudeza que sacó de suyo, y ese palabreo tan... vamos, y un plumear como él plumea, y las escuelas que tiene, y las historias y hasta los latines que sabe, está llamado á mejor suerte que la que tuvo su padre, majando terrones toda su vida sin ver quitada el hambre á su gusto una vez siquiera, ¿por qué no ha de echar su correspondiente cuarto á espadas? Hasta, bien mirado el caso, no es de los que menos triunfos tienen en el juego para atreverse á un envite... ¡Vaya, vaya!... Lleva buenas cartas de unos y otros que nos quieren bien, y colocación segura por lo pronto. ¡Cuántos con menos amparo al salir de casa, han vuelto de allá hechos unos principeses, aborrecíos de caudales! Y ¿por qué no has de volver tú

como el más pudiente de todos ellos?... Sí, hijo, sí, que de menos nos hizo Dios; y el que no se arriesga no pasa la mar... Ni tú sabrás nunca lo caro que cuesta á tu madre ese puñado de duros con que te pone en camino de hacer fortuna, ni tu madre vivirá para gozarse en verte afortunado, si lo alcanzas; pero otros lo verán, y lo verás tú mismo, sobre todo, que bien te lo mereces, por mucho que ello sea y por onde quiera que se te mire...

Cuando dieron por terminados sus quehaceres de la mañana y vieron que les quedaba algún tiempo sobrante hasta la hora de comer, quiso Pachín llegarse «hacia los otros muelles» para ver más de cerca su vapor. Deseaba conocerle «por afuera» antes de visitarle por adentro, y bien despacio, por la tarde.

Volviendo de esta excursión, que hacía de mala gana su madre, porque estaba rendida de dar vueltas por la ciudad, como la ardilla en su jaula, oyeron decir á unos hombres que miraban con sijeza á un vapor que estaba atracado á la cabeza de uno de los muelles:

— Dicen que se le ha declarado fuego á bordo.

Estremeciósela buena mujer, y exclamó con los ojos puestos en Pachín:

— ¡Que el señor te libre, hijo mío de mi

alma, de peligros tales! Pos, mira, no había contado yo con ellos.

— También las casas se queman—respondió Pachín empujando suavemente á su madre para alejarla de aquel sitio, pero sin apartar la vista del barco.—Por lo pronto—añadió, queriendo chunguearse,—ahí me las den todas... y vámonos á la posada, que ya es hora de comer.

*
* *

Á gloria les supo la comida con el hambre que llevaban y la sazón que le dió aquel comensal que había de ser compañero de viaje de Pachín, hombre ya duro de colmillos, que iba á la Habana á recoger la herencia de un pariente muerto allá, y muy hecho, según afirmaba, á navegar por «los mares de acá». Todo lo pintaba llano y placentero como la palma de la mano; y en cuanto á los incendios de los vapores, tras de no ocurrir dos en medio siglo, eran tan fáciles de apagar con las «maquinarias» que hoy se llevaban á bordo solamente para eso, como aquel pitillo que él estaba fumando, en cuanto le metiera por la punta encendida en el agua del vaso que tenía delante. Y como lo afirmaba lo hizo.

Con esta demostración y aquellas seguridades, á Pachín le irradiaba la cara de complacencia, y respiró su madre con entero desahogo; de manera que mucho antes de acabarse la comida, ya habían perdido el uno y la otra hasta el recuerdo del vapor, con fuego á bordo, atracado á uno de los muelles de Maliaño.

Sin levantarse de la mesa arreglaron el programa de la tarde. Primeramente irían al vapor *suyo*, al cual no habían llegado por la mañana para verle por fuera á su gusto, porque, puestos á andar hacia allá, iba resultando el camino más largo de lo que aparentaba visto desde lejos, y ellos estaban ya muy rendidos y con grandes ganas de comer. Le verían, pues, á la tarde, por afuera y por adentro; se acercarían al capitán, billete de pasaje en mano; conocerían el camarote que se destinaba á Pachín y cuanto les dejaran ver de las maravillas del barco, y averiguarían cuándo debía presentarse á bordo con su baúl el pasajero, y á qué hora saldría el vapor al día siguiente. Después de hacer esto, y de hacerlo bien, porque era su principal negocio de aquel día, volverían á la ciudad y visitarían, si daban con ella, á Juana Cornejo, hija de tío Juan Cornejo, su convecino, que les había rogado mucho esta visita á la mozona, la cual servía en casa del señor don Pedro Redondo,

viudo, sin otras señas, y andaba (la moza) algo olvidada de su familia de año y medio á aquella parte. Luego irían á dar las gracias al tabernero influyente que tan bien les había servido por la mañana, y hasta suministrado los informes necesarios para rastrear el paradero de Juana Cornejo, no tan á la vista como su padre pensaba. Hecho esto, si era posible, comprarían algunas baratijas que necesitaba Pachín y le regalaba su madre para ornamentación de su persona; verían la Catedral, si estaba abierta... y, en fin, irían aprovechando, para sus ya escasos negocios, y entretenimiento y recreación de sus espíritus, las sobrantes horas del día y las primeras de la noche, minuto á minuto é instante por instante, como si fueran los últimos de la vida.

El huésped consabido de la posada y comensal de ellos en la mesa, y que parecía una buena persona, les convidó á café después de la comida; agasajo que no aceptó Pachín sin la condición de que el otro aceptara el obsequio de un puro de diez céntimos y una copita de Ojén. Con este motivo se prolongó la sobremesa algo más de lo calculado; y cuando el hijo y la madre se vieron en el portal de la posada y se despidieron del comensal, que se largó con rumbo opuesto al que ellos iban á seguir, oyeron que daba las dos el reló de

la Catedral. Afortunadamente había tiempo para todo, y no se apuraron gran cosa por el desperdiciado en el comedor.

Por sentar Pachín los pies en la acera, comenzó el diablejo de su meollo á darle que hacer. ¡Ni en aquellas horas críticas sosegaba el arrastrado! Al contrario, cuanto más se iba aproximando el instante de la despedida final del pobre muchacho, con mayor ahinco le sentía trabajar en su cabeza.

—Mira, Pachín González—le dijo entonces,—y fíjate bien en la calle por donde vas: qué angosta, qué vieja es; qué sombría, qué silenciosa y qué solitaria está, como todas las que arrancan de ella á uno y á otro lado; compáralas con lo que has visto esta mañana, henchido de gentes, de cosas y de ruidos. Pues esto es la muerte de algo que fué; aquello, la vida robusta y poderosa de lo que viene: lo uno es la sombra, el frío de la vejez con hambre; lo otro, la luz, el calor ardiente y vivificador de la riqueza. ¡Qué diferencia tan grande, eh? Pues atente al nuevo ejemplo, Pachín González, y no te llares á engaño mañana ú otro día, que bien avisado estás.

Andando y pensando así el hijo y siguiéndole la madre, sabe Dios con qué pensamientos, porque los tenía de todos colores la pobre mujer, pasaron de la zona antigua á la

moderna, donde hasta el sol se complacía en ser más esplendente y lo bañaba todo por igual con sus rayos de oro, tan deseados y apenas vistos entre las angosturas del barrio fósil. Hasta las gentes parecían otras allí, más diligentes, más expresivas, más locuaces. Esto ya lo había notado Pachín por la mañana al verlas caminar en todas direcciones; pero le llamó bastante la atención que la actividad de por la tarde, sin ser menor que la de la mañana, se manifestaba en una forma muy distinta: casi todas las personas que iban á mucho andar, seguían una misma dirección, la de los muelles de Maliaño. ¿Por qué? Y ¿por qué cuanto más acentuaban éstas el andar, mayor era el número de las que arrastraban consigo de las otras? Era como una corriente central que iba absorbiendo poco á poco los remansos adyacentes. Pero ¿á qué fuerza de atracción obedecía todo aquel extraño movimiento? ¿Adónde iba aquella gente tan apresurada y afanosa?

Un raquerillo desarrapado que pasó corriendo junto á Pachín, aclaró las dudas de éste, respondiendo á grito pelado, y sin detenerse, á otro camarada que le había interrogado desde lejos:

—¡Á ver un vapor que se quema atracao al tercer muelle!

—¡El vapor de esta mañana!—dijo Pachín á su madre, que se quedó en una pieza.

¡Bien enterado estaba el hombre de la popada en materias de apagar incendios en los vapores!

Sin cruzarse una palabra entre la madre y el hijo, continuaron ambos andando, ó mejor dicho, dejándose conducir como dos burbujas más en el centro de la corriente. Así llegaron á dar vista á la gran explanada donde se esparcía la muchedumbre de curiosos, sobre cuya masa, y por la línea borrosa que ésta dibujaba hacia el Sur, se elevaba una columna de humo negro con toques de llamaradas rojas, que recordaba á Pachín el calero de la sierra de su lugar cuando le encendía, bien á menudo, una cuadrilla de tejeros asturianos. Al revés de lo que se observaba en los demás, la madre y el hijo acertaban el paso á medida que se aproximaban al lugar del suceso. Les imponía mucho aquel espectáculo tan nuevo para ellos, sin contar con que, como buenos aldeanos, eran tímidos y recelosos. Anduvieron de este modo un buen trecho, palpando el terreno con los pies, mirando cautelosamente en derredor y buscando siempre los espacios más abiertos y desembarazados. Pachín dirigía los rumbos, y le seguía su madre maquinalmente y como

cosida á sus ropas. Así llegaron hasta las filas más avanzadas, oyendo desde allí bien claramente el siniestro resollar de la hoguera formidable, pero sin ver lo que el mozuelo deseaba por los momentáneos é intermitentes resquicios de la muralla de gente que tenía delante. Estas dificultades avivaron más sus deseos: cogió con su diestra una mano, que temblaba, de su madre, y sin apresuramientos ni violencias, se la llevó consigo, y no paró de maniobrar y de entretejerse hasta que se halló con ella delante de la primera fila de espectadores y pudo contemplar el cuadro sin estorbos. Pero como en Pachín González hasta la curiosidad era metódica, en vez de saciarla de un golpe y atropelladamente, como los glotones el hambre, quiso proceder con orden, y comenzó por averiguar, ante todo, qué barco era el que se quemaba. Cabalmente lo podía leer con suma facilidad en el tablero de popa; allí estaba su nombre estampado en letras de oro: *Cabo Machichaco*. Y el vapor era grande. Por uno y otro lado del muelle á que estaba arrimado, sobresalía un tercio del casco; y aunque era baja la marea, la cubierta del buque levantaba más que el tablero del muelle, enfrente del cual había un buen espacio despejado por la Guardia civil y la policía. La *quema* estaba entre el palo

delantero y la máquina. Por aquella escotilla, por aquel ancho agujero, salían rugientes las llamaradas entre apretadas columnas de humo denegrido y espeso. Imponía mirarlo y oírlo.

No podía explicarse Pachín las razones de qué había nacido la ocurrencia de tener un barco en aquellas condiciones arrimado á unos muelles de maderas embreadas y tan cercanos á la población. Pero ¡qué sabía el pobre aldeanuco de esas cosas? Cuando así se había hecho, bien hecho estaría. Por de pronto, las medidas que se tomaban para combatir el incendio, no dejaban de ser una excusa muy atendible: en lo más apartado y solo de la bahía, no hubiera sido fácil luchar contra el fuego como se estaba luchando allí desde tierra y desde el barco mismo, con todos los recursos de que se podía disponer, dentro y fuera, y una voluntad y una valentía que á Pachín le tenían entusiasmado. Bomberos, marinos, paisanos de todos pelajes... de todo había en aquella legión de trabajadores, y nadie economizaba las fuerzas ni esquivaba los peligros: el agua caía á chorros en las bodegas incendiadas, y por todos los portillos de su obra muerta entraban y salían hormigueros de hombres bien organizados que ponían á salvo del incendio, sobre el muelle, cuanto podía cargarse al hombro ó sacarse entre las

manos, de las cámaras del vapor: libros, cajas, muebles, ropas, aparatos náuticos, papeles y mil cosas más, cuyo destino desconocía Pachín González en su ignorancia de aldeano de tierra adentro. Por eso prestaba suma atención á lo que se hablaba á su lado; y cuando de este modo no salía de sus dudas, se atrevía á preguntárselo á algún colateral, que nunca le negaba la respuesta. Así supo que unas cuantas personas que estaban agrupadas sobre el muelle y muy cerca del vapor, eran el gobernador civil, y los ingenieros del puerto, y el comandante general, y el coronel de las fuerzas que prestaban servicio afuera con la Guardia civil, cuyo jefe estaba allí también, y el de Marina, y el alcalde... en fin, todas las autoridades de la ciudad y de su puerto; jefes y autoridades que á lo mejor desaparecían en el barco ó entre las muchedumbres, porque en nadie había allí sosiego, ni para nadie puesto fijo ni punto de reposo. Se cruzaban á gritos muchas veces, entre los del barco y los de afuera, las órdenes y las respuestas; tan á gritos, que las entendía Pachín perfectamente, y siempre parecían mayores las inquietudes en los hombres que pudieran llamarse *de casa*, con relación al barco, que en los extraños que contentían con ellos.

Entre tanto la hoguera continuaba rugien-